

UNA VOZ PARA EL DIÁLOGO

Luis Jaime Cisneros*

Es un hecho que jóvenes soldados del Ecuador y del Perú rinden sus vidas en la Cordillera del Cóndor desde hace semanas. En muchos hogares de uno y otro país hay familias presas de angustia y desazón. Nuestros pueblos se hallan, de otro lado, cargados de preocupación y circundados de sombra; pobreza y desnutrición en muchas zonas, grave déficit de salud, aguda crisis de la educación, desempleo. Podemos agregar, del lado peruano, terrorismo y narcotráfico. Es natural, por tanto, que este infeliz episodio bélico tenga que convocar a meditación a ecuatorianos y a peruanos de toda clase.

Mientras diplomáticos y militares cumplen con el ardor esperable su legítima tarea, los intelectuales, los hombres de ciencia, los profesores, somos ciertamente ciudadanos comprometidos con la situación y reclamamos un puesto en la contienda. Como los diplomáticos y los militares, tenemos también nuestra tarea específica. Nuestro deber es ayudar a ver con perspicacia, ayudar a entendernos, confirmar en nosotros mismos cuán hondo es nuestro compromiso con el destino espiritual de nuestros pueblos. Al aludir a nuestros pueblos juntamos en esa acepción a todas las voces del pasado (que son ciertamente numerosas) con las voces todas del porvenir (que realmente son muchas más). Somos hombres de universidad, que cumplimos en el aula nuestra tarea cotidiana. Esa tarea se realiza en el marco de una vasta audiencia juvenil. Entre los jóvenes sembramos la esperanza de un porvenir de justicia y democracia. Con ellos buscamos ir afirmando una cultura de paz. Ante ellos debemos dar hoy nuevo testimonio de nuestra misión irrenunciable. A estos muchachos les toca ahora ocupar un puesto en las líneas primeras del combate. Nuestra mirada y nuestro

* Luis Jaime Cisneros es el director de la Academia Peruana de la Lengua y profesor principal de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Este artículo fue publicado originalmente en diario *El Comercio*, Lima, 15 de febrero de 1995.

corazón los acompaña. Para detener la efusión de sangre y propiciar que las cosas se aclaren y los ánimos se sosieguen, nos toca ofrecer unas palabras de esperanza y de afectuosa comprensión.

Estas son palabras que queremos compartir con los intelectuales, los hombres de ciencia y los profesores del Ecuador. Hemos hecho de la cátedra tribuna privilegiada para la libre opinión y enseñamos que la crítica ayuda a los pueblos a perfilar con inteligencia su propia fisonomía. Demos ahora el ejemplo y arriesguemos sin vacilar una conversación provechosa. Ofrezcamos un rotundo testimonio de estar hechos para el diálogo y mostremos como arma mejor el claro lenguaje de la serenidad, que permita argumentar y explicar sin apasionamiento.

Muchos hechos han ido robusteciendo una amistosa relación entre los intelectuales del Perú y el Ecuador. No vamos a refugiarnos en un catálogo de hombres. Acudamos solamente, en el umbral del siglo, a las figuras de Palma y Montalvo (hombres de letras y de recia convicción democrática). Recordemos orgullosamente las figuras de José Carlos Mariátegui y de Benjamín Carrión. Y no olvidemos la más reciente y recia figura de Alfredo Pareja Diezcanseco gran señor de la pluma y de la idea vinculado por tantas razones con la vida social e intelectual de nuestra patria. Y evoquemos a su lado el nombre de José María Arguedas, que a través de su obra total nos mostró cómo estaban hechas nuestras sangres a confundirse en un único lenguaje de esperanza y de afirmación americana.